

# LA ALTERIDAD NECESARIA

## INTRODUCCIÓN

«Escoger el diálogo significa evitar los dos extremos que son el monólogo y la guerra.»

Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, p. 17.

El camino del diálogo no fue seguramente el más transitado en la historia de los contactos culturales. La construcción de la alteridad tuvo en distintos tiempos improntas puntuales que oscilaron entre perspectivas etnocéntricas irradiadas por los grupos sociales dominantes que suponían la existencia de valores universales, la exotización de las diferencias consideradas como rasgos positivos del otro, aunque basada fundamentalmente en su desconocimiento, y los postulados utópicos que ubicaron siempre la felicidad en un tiempo o un espacio distinto del sujeto de la enunciación.

En el curso de la historia de la cultura, los hombres han efectuado sinuosas búsquedas identitarias que sólo fue posible delimitar a partir de la composición de un complejo abanico de relaciones entre el yo y el otro. El concepto de raza que propugna una continuidad de rasgos físicos y morales, asociada a una jerarquía de valores y los diferentes nacionalismos que privilegiaron agrupaciones de comunidades sociales en aras de pertenencia política y/o cultural a un sistema, se enfrentaron a los reiterados «descubrimientos» de lo diverso, descrito, analizado y racionalizado desde categorías de conocimiento etnocéntricas mucho más que desde la observación de los otros, producto de un ejercicio de desplazamiento de la mirada. En la medida en que se descentran los postulados fijados por las diferentes tradi-

ciones culturales y se permite revisar conceptos difundidos en épocas y espacios disímiles, los estudios sobre alteridad remiten en todos los casos a la pregunta antropológica específica que indaga las relaciones entre individuo y sociedad, e interrogan este proceso en el devenir de los contactos interculturales y de las situaciones de dominación y dominados.<sup>1</sup>

La Edad Media y la temprana modernidad aportan ejemplos relevantes a los estudios sobre alteridad en tanto terreno germinal en el que se gestan las bases del concepto tan amplio pero todavía tan significativo de «cultura occidental». El hombre medieval debió emprender variadas búsquedas. Aislado en geografías que aún no había dominado, confinado a pequeños centros de poder feudal o religioso, debió explorar el reencuentro con el mundo antiguo a través de esa calzada rota de la que nos hablaba Ernst Curtius (1955). El cristianismo le había impuesto, a su vez, nuevos modelos que fue necesario compatibilizar con el legado clásico para definir una identidad protegida por ambas tradiciones que se diferenciara de quienes habían elegido otros dioses: las opciones monoteístas del Judaísmo o el Islam y el abanico de paganismos y herejías que se multiplicaban en el aún indefinido espacio europeo. Guerras y peregrinaciones jalonaron esta pesquisa. Una última búsqueda, especialmente pertinente a los efectos de esta perspectiva, fue la búsqueda lingüística. Entre los siglos XII y XVII se produjo en Europa el florecimiento de las literaturas en lenguas vulgares a partir del desarrollo de una rica poesía lírica y narrativa, más adelante la prosa historiográfica y ficcional, que remite a la génesis de la cultura occidental moderna. Estas manifestaciones discursivas, producto de una aventura inicial de la clase letrada que se proponía escribir en vernáculo con el objetivo de integrar (y dominar) sectores sociales cada vez más distantes, serán las encargadas de transmitirnos el pulso de los contactos interculturales.

<sup>1</sup> Si bien la antropología es una disciplina moderna cuyo objeto es, precisamente, la diferencia entre culturas, también conlleva en las distintas teorías la elección de una actitud con respecto a la oposición universalismo-particularismo. A pesar de que muchos antropólogos se han esforzado en hallar ciertas formas universales de pensamiento y moralidad (el mismo Levi-Strauss aboga por una unidad en los «fines» de la humanidad sobre la cual se edificarían las diferencias superficiales entre los hombres), el estudio de los rasgos universales de los hombres continúan siendo competencia de biólogos y psicólogos, mientras que los antropólogos se abocan a indagar las diferencias de cada sociedad (véase Todorov, 1991: 83).



Los textos nos introducen en distintas percepciones de la alteridad. La experiencia de la extrañeza, que puede referirse a paisajes y climas, plantas y animales, formas y colores, olores y ruidos, tematiza la otredad. Nuevos discursos surgen referidos a la confrontación con las particularidades hasta entonces desconocidas de otros seres humanos (idiomas, costumbres cotidianas, fiestas, ceremonias religiosas) que proporciona un espectro de textualizaciones en las que la añoranza por la tierra natal está tan difundida como el anhelo por países lejanos, y el rechazo temeroso o descalificador es tan recurrentemente testimoniado como la impaciente partida e incluso la emigración definitiva (Krotz, 2002: 57-61).

En su carácter experimental, la literatura medieval aporta ejemplos en los que la alteridad se construye como una categoría de diferenciación hacia aquellos que no resultan tan extraños, aquellos con los que es posible establecer una comparación. El peregrino a Santiago de Compostela que persigue la redención de sus pecados, el caballero cruzado que se dirige a la recuperación del Santo Sepulcro en Jerusalén, o el comerciante de paños que realiza la ruta de Flandes a Venecia, se convierten en viajeros que van relativizando su sensación de extrañeza hacia el otro y hacia el nosotros y que, a la vez, se van modelando a sí mismos en los términos de la confrontación con la diferencia.

Si la Europa medieval y renacentista aporta reiterados ejemplos a esta perspectiva de análisis cultural a través de su literatura, el ámbito español representa en este conjunto uno de los filones más productivos para su estudio. España ofrece, en primer término, la particularidad de tener a los *extraños en la casa*, tal como hemos consignado en el título de este libro. Al igual que en el resto de Europa, en el siglo VIII de la era cristiana las etnias germánicas habían sometido los asentamientos vernáculos y las colonias romanas dispersas en el territorio de la Península Ibérica y trabajaban en la construcción de una nueva organización social, el feudalismo, que contemplaba asimismo la inclusión de un orden institucional latino y la hegemonía de la religión cristiana. Pero en el año 711 se produjo un acontecimiento que cambió para siempre la historia de España y la separó de los países centrales de Occidente: la invasión de los árabes, que, extendida hasta 1492, dio lugar a ocho siglos de dominación, de guerras de reconquista, de convivencia pacífica; ochocientos años de interacción y también de límites difu-

sos entre dos culturas que se penetraron a pesar de los esfuerzos de diferenciación. Debemos agregar en este mismo período, con una cronología similar, una tercera presencia, la de las comunidades hebreas que se asentaron pacíficamente en España (su *Sefarad...*) animadas por el ambiente multicultural y la tolerancia que en algunos períodos gozaron, aunque con el transcurso del tiempo fueron objeto de persecuciones que terminaron con su expulsión. 1492 es, sin lugar a dudas, una efemérides en varios sentidos y, considerado desde la perspectiva analizada, signa la caída del último baluarte árabe en Granada, la expulsión de los judíos y el inicio de uno de los contactos más violentos del yo occidental con un universo cultural otro y absolutamente novedoso, el americano. A partir de entonces, América se convertirá en un punto de convergencia de alteridades a través de sus historias de conquista y colonización, pero también como espacio de realización de proyectos utópicos.

El presente libro tematiza algunos hitos de la convivencia tensionada con el otro en los textos literarios españoles producidos entre los siglos XIII a XVII a partir de seis análisis particulares.<sup>2</sup> Desde esta focalización, se propone analizar la génesis y evolución del discurso literario a través de un conjunto de obras que señalan el camino recorrido desde la Edad Media hasta la modernidad en diferentes contextos culturales: el pasaje de la circulación oral del conocimiento a la difusión escrita, el surgimiento de la prosa en tanto nueva práctica discursiva en las lenguas romance que habían accedido al ámbito de la escritura, y, finalmente, el advenimiento y la posterior imposición de la imprenta como práctica editorial. Una vez más, este trayecto opera como hilo conductor que, en un juego de relaciones entre prácticas discursivas y representaciones culturales, permite desentrañar una amplia red de vínculos entre pasado-presente y conduce a las manifestaciones culturales contemporáneas.

El estudio de la llamada «alteridad cultural» encuentra en la extensa producción alfonsí uno de los terrenos más fecundos para su exploración,

<sup>2</sup> Los estudios se presentan como el resultado final del Proyecto de Investigación «Alteridad y representaciones culturales en la narrativa española: continuidades y rupturas entre los orígenes y las manifestaciones contemporáneas (Subproyecto 1)» (COD. 11H281), de la Universidad Nacional de La Plata.



tal como lo señala Santiago Disalvo en el capítulo «*Pero que d'outra lei sejan*': una vez más sobre los moros y los judíos en las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X». La caracterización del judío y del moro en las cantigas narrativas no cabe en un esquema de análisis unilateral, ya que se trata de representaciones llenas de matices entre una cantiga y otra. Hablar de antisemitismo o aplicar ciertos parámetros modernos de racismo a esta obra, sin considerar la mentalidad y perspectiva alfonsíes sobre estos asuntos, sería una reducción deformante. La propuesta, surgida de la provocación causada por este contraste dramático entre una mirada negativa y una positiva sobre el «otro» cultural, consiste en profundizar el estudio de esos matices, en los que se delinea el puesto que las *Cantigas de Santa María* asignan al judío y al moro en la sociedad, el mundo y la historia de la salvación, según la cosmovisión cristiana alfonsí. Las *Cantigas* son, pues, algo más que relatos piadosos que caricaturizan o escarnecen al judío y al musulmán. Se nos presentan, por un lado, como escenarios donde se despliega el asombro libre del *homo religiosus* frente al milagro que acontece inesperadamente. Por otro, constituyen un «campo de batalla doctrinal» en el plano de la polémica religiosa.

El siglo XIV es un período de transformaciones: peste, guerras y nuevas distribuciones de poderes comienzan a trazar el mapa de la modernidad. Santiago Pérez estudia el motivo de los «hombres salvajes» en *El Victorial*, obra de Gutierre Díaz de Games, que reviste una significativa importancia en cuanto a la consideración de su procedencia y en virtud de pertenecer a un género híbrido, a mitad de camino entre la biografía, el diario, la crónica o el relato ejemplar, hasta hace pocos años no incluido en el canon de la literatura medieval. La propuesta contribuye a abordar la funcionalidad del motivo del «salvaje», representativo de la cosmovisión del hombre medieval, en el marco de esta expresión de la narrativa castellana del siglo XV.

Los límites identitarios también se debaten en el seno del cristianismo. María Mercedes Rodríguez Temperley, en «Católicos y protestantes en la Cueva de San Patricio. El Purgatorio en la contienda contrarreformista según el Ms. BNM 18723<sup>21</sup>», ofrece una reseña de la leyenda del Purgatorio de San Patricio, vigente desde el siglo XII a partir del texto latino del monje irlandés H. de Saltrey que tuvo fortuna en las letras y en el culto popular. Traducciones a distintas lenguas europeas, además de reelaboraciones pos-

teriores, hicieron que la leyenda tuviera gran arraigo (sobre todo en España) y que las peregrinaciones al Lago Derg excitasen la curiosidad de los pecadores. Sin embargo, la Iglesia Católica primero y los gobiernos ingleses después, decretaron la destrucción del santuario en sucesivos momentos, desde los siglos xv a xviii. El aporte de Rodríguez Temperley incluye también la edición crítica del ms. 18723<sup>21</sup> de la Biblioteca Nacional de Madrid, texto anónimo del siglo xvii en formato epistolar titulado «Purgatorio de San Patricio en Irlanda», dedicado a refutar la existencia del purgatorio en vida en el marco de las contiendas contrarreformistas entre católicos y protestantes.

América representó para Europa un territorio ilimitado sobre el cual proyectar disímiles imágenes de la modernidad occidental, en el que desde un primer momento convivieron el interrogante esencial sobre la humanidad de los habitantes del nuevo mundo con el mito de la edad de Oro y la idealización de «los salvajes». Ely di Croce, en «Las otras voces en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo», estudia desde una perspectiva lingüística esta crónica de Indias caracterizada por la presencia de un entramado de voces que direccionan los procesos de producción y recepción textual y que contribuyen a construir las definiciones de identidad y alteridad cultural. Mientras que el uso de la primera persona del plural y la mención explícita de la condición de «testigo de vista» le otorgan legitimidad a la actividad de escritura, la inclusión de citas textuales y del paratexto posibilitan la asimilación al tipo discursivo específico. Bernal Díaz recurre a sus modelos: las novelas de caballerías ofrecen un paradigma heroico y funcionan como marco interpretativo para dar cuenta de un referente desconocido; los versos de romances, por su parte, se asimilan al funcionamiento de los refranes y adquieren un matiz ejemplar que posibilita introducir opinión y generar consenso al recuperar sentencias validadas en las concepciones de mundo de los participantes de la conquista y del público lector. No obstante, la referencia a textos literarios, que provocan la ruptura de la isotopía estilística, coloca a la obra en una posición marginal con respecto a los modelos preestablecidos.

El siglo xvi es, sin lugar a dudas, el gran laboratorio en el que nace la novela moderna, en el marco de esta contienda discursiva entre tradiciones



establecidas, la nueva tecnología de la imprenta y la aparición de horizontes geográficos e ideológicos hasta entonces desconocidos. El capítulo a cargo de Cecilia Pavón, «Identidad, otredad y nuevas representaciones ficcionales en el *Lazarillo de Tormes*», se considera la combinación del género epistolar con la intención autobiográfica, a partir de la utilización de la técnica narrativa de la primera persona y, con ella, la funcionalidad estructural de los demás elementos y procedimientos. Con este propósito se analizan los modos de definición de la conciencia individual de Lázaro y la visión de mundo que vehiculiza, teniendo en cuenta que la subjetividad de esta conciencia queda al resguardo de caer en el puro dogmatismo mediante dos procedimientos concurrentes. Por un lado, la modificación de la perspectiva de Lázaro según aprende mediante la experiencia que permite el paso del niño al héroe literario del «pícaro», definida como una otredad en relación dialógica con la tradición literaria caballeresca. Por otro lado, la materialización del «pícaro» como sujeto de enunciación y de sujeción de una individualidad a normas impuestas desde el exterior se da en el diálogo con otras subjetividades, principalmente con Vuestra Merced, destinatario explícito de la novela. Ambos procedimientos determinan la aparición de un nuevo tipo de enunciado literario, que más tarde será denominado «picaresca».

Por último, mi contribución, «Contienda de alteridades en el Romancero», acude al género baladístico oral, en esta oportunidad para explicar el proceso de construcción de la alteridad que ofrece en su devenir transhistórico, a través del doble movimiento de permanencia y cambio que lo caracteriza. Este hecho determina la convivencia de marcas culturales correspondientes a distintos estratos de su difusión o a resabios de contextos anteriores que se resignifican, a la vez que evidencian los cambios de perspectivas que manifiestan los poemas. Un conjunto de temas novelescos y otros procedentes de la antigüedad clásica aportan ejemplos de las posibles variaciones que se produjeron desde la Edad Media hasta el siglo xx en lo que respecta a la enunciación de la alteridad en los planos social, religioso, político, étnico y genérico, este último considerado como una línea que atraviesa los textos y permite volver a pensar desde otro ángulo la centralidad del rol femenino en el romancero.

Cristianos, judíos, moros, americanos, como también marginados y mujeres, dieron ocasión a los autores estudiados de nombrar al otro como

uno de los componentes de oposiciones binarias, tales como realidad/apariencia, masculino/femenino, centro/periferia, que despliegan criterios de autoridad en los que el primer término es portador de verdad mientras que el segundo posee aspectos fluctuantes pasibles de ser comprendidos o representados siempre que se avengan a la lógica del primero (Chambers, 1996: 48).

El análisis de los discursos posibilita un recorrido que transita, tal como fue señalado, desde la diferencia a la multiplicidad y finalmente a la desigualdad, en una gradación sumamente útil para entender el camino circulado por las culturas a lo largo de la historia (Boivin et al, 1998); en este sentido, representa un modo revolucionario, transgresor, de estudiar la cultura y, en este caso específico, la literatura.

Los interrogantes de quién es el otro o de cómo resolvemos las oposiciones binarias que emplea la autoridad para reducir el mundo circundante a su punto de vista intentan ser resueltos en estas páginas a partir de la reconfiguración de un campo en el que lo segundo pasa a ser lo primero y, en función de este cambio de perspectiva, se erige un «tercer espacio» entre el yo y el otro, constituido por la duda y la cautelosa ausencia de certezas.<sup>3</sup>

La consideración de la cultura medieval y renacentista no nos permite interactuar con personas para comprender los procesos; su lejanía temporal sólo nos habilita a intentar reponer una red de relaciones ausentes a través del diálogo con los textos. Los estudios que se ofrecen a continuación pretenden enfatizar la productividad de ese diálogo diferido con el pasado y su eficacia para no perpetuar monólogos etnocéntricos en el presente.

Gloria B. Chicote

*La Plata, mayo de 2007*

<sup>3</sup> Véanse los lúcidos aportes a estos conceptos de Stuart Hall (1996: 254) y Homi Bhabha (2002).



## Referencias bibliográficas

- Bhabha, Homi, 2002, *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.
- Boivin, Mauricio, Rosato, Ana y Arribas, Victoria, 1998, *Constructores de otredad*. Buenos Aires, Eudeba.
- Chambers, Iain, 1996, «Signs of silence, lines of listening», en Chambers, Iain y Curti, Lidia (eds.), *The Post-colonial Question*. London and New York, Routledge.
- Curtius, Ernst Robert, 1955, *Literatura Europea y Edad Media Latina*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Hall, Stuart, 1996, «When was the post-colonial? Thinking at the limit», en Chambers, Iain y Curti, Lidia (eds.) *The Post-colonial Question*. London and New York, Routledge.
- Krotz, Esteban, 2002, *La otredad cultural entre utopía y ciencia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, Tzvetan, 1991, *Nosotros y los otros*. México, Siglo XXI Editores.